***Ceremonia***

***Recuperemos nuestro país, que el clamor del pasado, afirme nuestro compromiso presente***

***XIX Aniversario de la Entrega del Informe Final de la***

***Comisión de la Verdad y Reconciliación***

Queridos amigos:

 Hace diecinueve años fue entregado al Gobierno del Perú el Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Fue un trabajo minucioso y extenso que derivó en un documento que relató hechos que aún nos interpelan y nos duelen. La tarea, sin embargo, no concluyó en tal fecha. Desde entonces, como consecuencia de la verdad que se develó, hemos debido continuar con el esfuerzo de mantener la memoria y demandar el cumplimiento pleno de justicia. Una de las tragedias de nuestros días es que tal misión final no acaba de ser cumplida porque los intereses mezquinos y las complicidades han insistido en negar las tristezas y los dolores de las víctimas que, a fin de cuentas, son o deberían ser de todos los peruanos. No llevamos esta tarea en virtud de un mandato legal sino de uno mucho más valioso, como es el mandato moral. No es posible conocer tal verdad y permanecer en silencio. Aquello que conocimos nos impuso por su propia naturaleza trágica una obligación permanente, que es la de recordar y exigir que se recuerde.

Y ello es así porque la consciencia de nuestra existencia finita debería llevar a la comunidad de personas de buena voluntad a la infinita defensa de la vida. La debilidad de nuestra propia moral, en cambio, suele eclipsar este principio sobre el que se cimenta la dignidad humana. Permanecen por ello, extrañadas de luces y razón, las sombras de lo bárbaro y lo abyecto en el corazón mismo de lo que llamamos, de manera tan liviana, civilización y progreso. En lugar de abrazar en los otros la vida que nos acoge, una y otra vez el mal se apodera de la historia y así nos arrebata la dignidad del espíritu, suprime la consecución de lo bello y de lo bueno, entorpece el camino hacia el futuro. Este es el abismo que, según el salmo, llama al abismo.

 No es imaginable superar consternaciones y espantos sin el labrado de la memoria. Porque los demonios alimentados por nuestras fragilidades avanzan por aquellas sendas donde domina esa destructiva ofuscación que es la negación del pasado. La censura de las voces que brotan de las huellas de la atrocidad tiene como impulso la justificación y la disposición de volver a ejecutar los hechos abismalmente inhumanos. “Aquellos que niegan Auschwitz” dijo alguna vez Primo Levi “estarían dispuestos a volver a hacerlo”.

 La memoria entonces no es, como sostienen los defensores de la impiedad, una expresión de mero resentimiento o demanda de venganza. Es, muy por el contrario, una cualidad del espíritu que vuelve a hechos que en su momento fueron inconcebibles para descifrarlos. Sí, es cierto que la memoria lleva consigo dolor, que su ejercicio reclama tanto intelección como arrojo. No recordamos porque sea grato sino porque es un asunto de justicia. Las vidas perdidas, todas ellas, las de todos los bandos, nos han de ofrecer un testimonio. En este caso, de un suceso que destruyó decenas de miles de vidas y también la moral de un país entero. Los malignos utopistas que pretendieron devastar las almas de los peruanos consiguieron, tal vez buscándolo, secar nuestros juicios morales y volvernos indiferentes ante crueldades insondables. Reparar tan profunda quiebra es, por tanto, una rebelión contra lo que pretendieron imponer expandir a fin de demostrarles que no fue suya la victoria, que, a pesar de haber envenenado a los peruanos con su odio y sus actos perversos, no nos hemos envilecido, que somos aún capaces de soñar con una sociedad que no esté dispuesta a acatar la violencia y la muerte como modos legítimos de obtener fines.

 Este ojo llora por todos los muertos. De su rústica materia, esa misma roca elemental que los más antiguos habitantes de la tierra trabajaron, aparece un espíritu que desearía con sus lágrimas saciar la sed de quienes murieron entre los aterradores rugidos de la violencia. Ese impulso incontroladamente destructor es tan arcaico como nuestra especie. Pero igualmente arcaicos son la piedra tallada y su llamado contra el sufrimiento y la calamidad. En todo tiempo y en todo lugar en los que primó la violencia y el distanciamiento de la razón y la justicia, hubo profetas que elevaron clamores y condenas contra quienes sojuzgaban a los pueblos mediante la opresión y la tiranía.

 Quiero decir que esta roca también es una profecía. La talló y la dejó como testamento de la barbarie una gran artista cuyo poderoso mensaje escuchamos cada vez que nos reunimos en este lugar. Lika Mutal esculpió así esta obra cuyo sentido último es sagrado. Porque la muerte del otro nos acompaña en cada estación, porque quien padeció el fuego implacable de la violencia nos mira, a veces de reojo, para señalar con su silencio nuestra irrevocable condición precaria y mortal.

 Si aun no comprendemos la dimensión de nuestra tragedia, en gran medida se ha debido a quienes promueven las falsedades y la negación, a quienes excusan el crimen y el ejercicio del sufrimiento sobre los demás, en un perverso entendimiento del bien común. Ese absurdo reino de las apariencias jamás debe imponer tal sinrazón. La memoria, en efecto, es un modo de responder con firmeza a la mentira y a la consecuente humillación de aquello que nos hace verdaderamente humanos, esa liberación de los impulsos que nos emplazan a permanecer en la pugna de unos contra otros, como si la tierra que ocupamos y la inteligencia que poseemos para transformar el mundo no fuesen suficientemente fértiles para que la dignidad germine y alcance a todos.

Nuestro país sino un laberinto de memorias quebradas, de vidas rotas, de largas e incumplidas esperanzas. Hoy los enemigos de la memoria nos asechan desde todas sus guaridas. Pretenden que celebremos el pasado omitiendo su vergüenza. Si estamos aquí reunidos se debe a un valor que compartimos, este es, nuestra convicción de que es un deber superior iluminar las oscuridades del pasado a fin de vencer a las fuerzas de la destrucción. A pesar de las debilidades de la razón de las que somos testigos en esta época de dificultades, antagonismos absurdos y devastadores retrocesos, acogemos en nosotros, como escribió el poeta Fernando Pessoa, todos los sueños del mundo.

 E inspirados en tales sueños, ya no es solo un deseo sino una obligación moral, un deber que hemos de cumplir con tenacidad, rememorar la tragedia no para permanecer en ella sino para abrir los caminos de la paz que los peruanos merecemos. El futuro no está escrito ni es una condena. Lo construiremos con nuestro andar. Hoy lo hacemos reuniéndonos en torno a este lugar de memoria que nos reúne en un solo abrazo.

Muchas gracias,

**SALOMÓN LERNER FEBRES**

Ex Presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación

***Jesús María, 28-08-2022***